I

Había anochecido por completo cuando el jinete detuvo su caballo. A continuación giró su cuerpo y volvió la vista atrás para comprobar si, tal y como se temía, sus perseguidores habían sido capaces de seguir su rastro. Pero no fue capaz de divisar nada, lo que le tranquilizó momentáneamente. Luego llevó su mano hasta su hombro izquierdo, advirtiendo que una de las flechas había conseguido hacerle un pequeño corte que no dejaba de sangrar. Pero ni aquella herida ni nada de lo que pudiera sucederle le asustaba lo más mínimo desde que formara parte de algo mucho más importante que su propia vida.

Aunque la luz de la luna era lo único con lo que contaba para guiarse en la oscuridad de la noche, él sabía que no podía permitirse perder más tiempo, ya que debía seguir cabalgando hasta lle-

gar a Atenas. Pero las horas que llevaba a lomos de su caballo, junto con lo que había sucedido el día anterior y que le había obligado a huir para mantenerse con vida, constituían una carga demasiado pesada, algo que le hacía cuestionarse si realmente sería capaz de cumplir su misión con éxito.

Aunque su corazón comenzaba a encogerse ante las dudas, el llanto del bebé que llevaba consigo le hizo reaccionar recordándole que no era su vida lo único que estaba en juego. Luego acercó aún más el cuerpo del bebé a su pecho para protegerle del gélido viento que soplaba, lo que debió reconfortarle porque, finalmente, dejó de llorar.

Mientras recortaba la distancia que les separaba de la capital griega, su cabeza no dejaba de pensar en que se había convertido en el portador del mayor secreto que nadie hubiera imaginado jamás, como demostraba el objeto que llevaba oculto bajo su túnica y cuyo poder había percibido desde el mismo momento en que lo tuvo por primera vez entre sus manos. Y eso hacía que aquel bebé no fuera el único motivo por el que debía llegar a Atenas cuanto antes, sino la promesa realizada a la

persona que más había admirado a lo largo de toda su vida, lo que le llevó a espolear con más fuerza a su caballo mientras recordaba cada una de las palabras que había escuchado de labios del hombre más valeroso que el mundo había conocido, del hombre que había conquistado el mayor imperio soñado, llegando a las tierras bañadas por el Indo y dominando la mayor parte del continente asiático pero, sobre todo, del hombre al que había jurado fidelidad eterna.

—Alejandro… —susurró débilmente mientras pensaba en cada una de las veces que había combatido a su lado. Pero ahora esos días parecían muy lejanos. Aunque todo había sucedido demasiado rápido, los acontecimientos le habían hecho partícipe de un terrible secreto por lo que dedicaría su vida no solo a evitar que todo en lo que creía pudiera desmoronarse, sino a cuidar de aquella criatura que sujetaba junto su pecho y sobre todo, a cumplir una promesa, aun cuando tuviera que arriesgar su propia vida para conseguirlo…